



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

26 de mayo de 1888

Núm. 30



LAS LAGARTIJAS

LAS GOLONDRINAS



PENAS llega la primavera, sin andarse en ceremonias las golondrinas se apoderan de nuestras viviendas: se alojan debajo de nuestras ventanas, de nuestros tejados, y en cuantos aleros les son propicios para colgar sus nidos. No temen al hombre al contrario: siempre dejan el nido de sus hijuelos al alcance de su mano.

El hogar les pertenece: donde ha anidado la madre, anidan la hija y la nieta. A él vuelven todos los años, y en él se suceden sus generaciones con más regularidad que las nuestras. De ahí que la infatigable viajera se ha convertido en símbolo del hogar. En efecto: tan apegada está á él que, aun cuando en la casa se lleven á cabo considerables reformas, vuelven, por lo común, á tomar posesión de ella esos fieles pájaros de perseverante memoria.

La golondrina, en su vuelo, gira y *vira* incesantemente: se cierne infatigable alrededor del mismo espacio y encima del mismo sitio, describiendo un sin fin de curvas graciosas y variadas, pero sin alejarse. ¿Vuela de esta suerte para seguir su pre-

sa, el mosquito que danza y flota en el aire, ó bien para ejercitar su poder sin alejarse del nido? Sea lo que fuere, ese vuelo circular, ese movimiento eterno de regreso, ha cautivado siempre al hombre, sumergiéndole en las contemplaciones más profundas.

La golondrina, mirada de cerca, es un pájaro feo y extraño; pero esto se debe precisamente á que es un pájaro por excelencia y nacido para el vuelo. Tiene las alas en forma de guadaña, saltones los ojos, y carece de cuello (para triplicar sus fuerzas) y casi también de pies: todo es alas. Añádase á esto el anchísimo pico de que está provista, siempre abierto para zampar y que durante el vuelo continúa abriéndose y cerrándose, y no causará admiración saber que come, bebe y se baña volando, y volando cuida y alimenta á sus hijuelos. Ella es la verdadera reina del aire y del espacio, cuyo dominio debe á la incomparable rapidez de sus giros.

El gran pueblo de las golondrinas, que con sus sesenta especies llena la tierra, la alegría y la embelesa con su gracia y con sus gritos, debe sus bellas cualidades á su deformidad, á su casi carencia de patas. La golondrina de iglesia, conocida con el nombre de *vencejo*, las tiene atrofiadas; pero cuanto pierde en este concepto, lo gana en el poder de sus alas, que alcanzan, según se cree, á recorrer ochenta leguas por hora. La fragata tiene las patas muy cortas; el vencejo nada más que un trozo; y si se posa, lo hace sobre el vientre, y aun por contados instantes. Este, al revés de los demás seres alados, no halla descanso sino en el movimiento. Al precipitarse desde lo alto de los campanarios, se abandona al aire, que lo mece amorosamente, lo sostiene, y alivia su fatiga. Si quiere agarrarse, puede hacerlo con sus débiles uñas; pero si se posa, está enfermo y como paralítico: siente todas las asperezas; vese sujeto á la dura fatalidad de la gravitación; y siendo, como es, el primero de los pá-

jaros, parece convertirse en reptil. Remontar su vuelo desde un sitio bajo, es difícilísimo para el vencejo: por eso anida á tanta altura, porque cuando parte debe dejarse caer en su elemento natural.

Uno de los mayores encantos que ofrece esta raza alada es el extremo cariño que une á todas las golondrinas: si una grita, todas acuden; si cogen á una, todas se lamentan y se afanan para librarla. Concíbese, pues, el que estos encantadores pájaros extiendan su celo hasta velar por aves que no son de su especie, y que su chirrido sea á veces la señal de alerta para que las gallinas y las palomas huyan del alcance de las aves de rapiña.

Los campesinos han considerado siempre á las golondrinas como el mejor de los seres alados; y San Francisco de Asís, ese ejemplarísimo dechado de toda perfección y digno de tener por hermanos á los ángeles que moran más cerca del trono del Altísimo, no desdeñaba, en sus santas contemplaciones, de llamar sus hermanas á las golondrinas; y es que en estas avecillas hay algo que atrae, algo de santo y conmovedor. Ellas fueron las que el día tristísimo del Gólgota mitigaron el tremendo dolor que sufría el Hijo del Hombre, arrancando de su divina frente las espinas de su corona. Desde entonces hay algo de sagrado en estas infatigables viajeras, que visten eternamente de luto como para recordarnos siempre la tragedia de la Cruz. Siendo las más feas, son las más queridas de las aves. No hay poeta que no las haya cantado, ni artista que haya dejado de copiarlas, ni escritor que no les haya dedicado alguna inspirada leyenda; y es que, si vemos en ellas el pájaro más amigo del hombre y el ornamento más bello de la Naturaleza, la piedad, esa vida imaterial que fortalece y alienta nuestra alma, las considera y ha considerado siempre como á las mensajeras del cielo, como medianeras escogidas entre Dios y las criaturas.

BENJAMÍN



La niña robada

LOS NIÑOS

La infancia es la precursora de la juventud, y la juventud es la primavera de la vida.

Siendo esto así, ¿por qué se ha mirado con tanta indiferencia todo lo que á la primera edad se refiere?

Cuando llega el hombre á la juventud, ya ha experimentado las primeras espinas de la vida.

Supensamiento, desarrollado en un grado mayor, empieza á conocer las luchas por la existencia; y si es verdad que el porvenir se muestra aún á sus ojos con todos los colores de la imaginación, también es cierto que empieza á entrever la primera niebla que más tarde ha de cubrir el horizonte de su felicidad.

La niñez nada de esto experimenta: para ella el mundo no es más que el teatro de sus juegos y alegrías; no conoce el mal, y el bien se presenta ante sus ojos con toda la pureza de la primera edad.

«¡Qué lástima que los niños se vuelvan hombres!» ha dicho Byron.

Es decir: ¡que lástima que sus corazones se empapen del mal, que sus pensamientos sean impuros, y que sus almas se vean combatidas por el soplo de las pasiones!

Los niños no piensan en el mañana: para ellos no existe más que el hoy. No sienten verdaderos pesares, porque las nubes que empañan el cielo de su existencia son nubes pasajeras que disipa la sonrisa maternal.

Un niño es un capullo que no se ha abierto aún.

Del jardinero depende que el capullo se convierta en flor y nos encante con el perfume de sus virtudes.

Por eso no se debe de descuidar la educación de la niñez. Una escuela es un vergel donde pueden crecer las flores más hermosas y los más venenosos reptiles.

Los niños necesitan cariño y solicitud. Guiadlos por el sendero del bien, y serán buenos y honrados; instruidlos, y se distinguirán en todos los ramos de



Casas de arena

la cultura; infundidles amor á la patria, y serán ciudadanos ilustres. Aguilera lo ha dicho:

Los niños son la esperanza
más bella de la nación.

Causa pena ver esas tiernas criaturas que andan vagabundas, sin amparo de nadie que las cuide, engolfadas en todas las inmundicias, familiarizados con el vicio, aprendiéndolo todo, conociéndolo todo; pero desgarrándose, al par que las carnes, las fibras más sensibles de su corazón.

¿Qué han de aprender sino ven más que escoria en torno suyo?

Poned al niño entre salvajes y será un salvaje más. Educadle con el ejemplo de los grandes hombres, y mañana será una gloria de su país.

Las madres deben ser las encargadas de la educación de sus hijos.

Napoleón lo ha dicho: «El porvenir de un niño es siempre obra de su madre.»

Por eso no se debe de descuidar la educación de la mujer.

La sociedad, si tiene preocupaciones, si tiene vicios, si tiene anomalías, es porque no se cuida de colocar sobre sólidas bases esos cimientos que han de ser, el día de mañana, el sostén del orden social.

Si todos pudiesen recibir las luces de la instrucción, el mundo caminaría más deprisa.

¿Qué ha de hacer el niño sino imitar lo que ve alrededor suyo?

¿Qué sabe él del bien y el mal, de lo grande y lo pequeño?

¡Dichoso, al menos, que no conoce las miserias de la vida!

Jugar y divertirse: he aquí su único ideal.

Los hombres, creyéndose superiores, miramos con indiferencia esos pequeños seres.

Y ¿qué somos sino unos niños grandes?, como ha dicho Enrique Gaspar.

El hombre, esclavo de sus pasiones, abandona sus deberes, huella sus



Casas de arena

creencias y se mofa de la sociedad: ¿qué es más que el niño que se enfurece por conseguir un juguete que no siempre puede lograr?

Los hombres somos peores que los niños. Conocemos el bien y no lo practicamos; sabemos nuestros deberes y no los queremos seguir; somos poseedores de la dicha y la dejamos perder.

«Dejad que los niños vengan á mí,» decía el Divino Maestro.

Es decir, dejad que aprendan mi doctrina.

¡Bendita sea la niñez, que hace que este valle de lágrimas se muestre á nuestros ojos con toda la alegría de los cielos!

Cuando muere un niño, decimos: «Un angel más.»

Y con razón, porque los niños son los ángeles de la tierra: con sus cabecitas rubias, sus mejillas sonrosadas y sus vocecitas infantiles, ellos son el encanto de sus padres.

«Un hogar sin mujeres es un jardín sin flores,» ha dicho Sanmartín y Aguirre. Es cierto; pero un hogar sin niños es una jaula sin pájaros.

¡Qué poesía encierran los cantos de la niñez!

De aquí el que no haya matrimonio feliz sin fruto de bendición.

Los niños son la sociedad del porvenir.

¡Lástima grande que no se comprenda su importancia!

Las enfermedades, la miseria y el abandono, dan todos los años á la muerte un contingente de niños que aterra.

El trabajo de éstos en las fábricas, trabajo superior á sus fuerzas, no contribuye menos á tronchar tantos capullos en flor.

Los gobiernos debían velar por el porvenir de los niños, tendiéndoles una mano protectora.

A este humanitario fin tiende la *Liga de la Niñez*, establecida en Cádiz con beneplácito de todas las personas de elevados sentimientos.

¡Loor á tan noble institución! ¡Loor á sus iniciadores!

Amemos á los niños.

Velemos por su educación. Protejamos su inocencia.

¡Lástima de que un día la pierdan!

Ese día dejan de ser niños y empiezan á ser hombres.

VICENTE SANFORD Y AYUSO



EL CARICATURISTA

ERASE un chico de la piel del diablo, á quien obligaban á aprender latín y á pasarse horas enteras conjugando sus verbos irregulares, cuando él prefería emplearlas en rasguear sobre el papel las figuras de sus maestros, de sus condiscípulos y de todo bicho viviente que se ponía al alcance de sus ojos buriones y vivarachos. Tenía afición irresistible á ejercitarse en la caricatura.

No respetaba su lápiz ni al venerable tío canónigo que le costeaba los estudios con ánimo de dedicarle á la Iglesia, ni á su domine de latinidad, cuyo amplísimo levitón de mangas ajustadas, su puntiagudo gorro, su nariz de loro y sus gafas, le atraían siempre de un modo fascinador.

Era huérfano de padre y madre, pero no faltaban parientes que procurasen demostrar al canónigo la inconveniencia de la carrera eclesiástica para aquel diablillo.

— Ciertamente, — respondía el bondadoso señor, — algún trabajo nos costará meterle en vereda; pero como no es enteramente malo, no pierdo la esperanza de conseguirlo. Chicos traviesos, y muy traviesos, fueron San Pablo y San Agustín, y, sin embargo, también fueron grandes lumbreras de la Iglesia.

Pablo igualmente se llamaba nuestro caricaturista; pero, usando el diminutivo más familiar, todos le nombraban Pablillo.

Pequeñito y moreno, un moreno casi aceitunado; con una cabellera negra y espesa, en cuyos mechones rara vez conseguía meter el peine el ama de gobierno del canónigo; se deslizaba por todas partes con la presteza del mono. Era el primero en juegos y riñas, y arrastraba á sus condiscípulos á las mayores travesuras cuando veían chispear sus ojos de malicia y de inteligencia.

*
*
*

Pablillo había puesto á su profesor el mote de *Cartago* por la arrogancia



La muñeca rota

de su nariz; pero en la misma clase estaba la temible rival de la famosa patria de Aníbal, *Roma*, la nariz del pasante. A Pablillo le fascinaba casi tanto como la otra.

Un día, en los ejercicios de traducción, le tocó verter al castellano el fin de las guerras púnicas; pero lo hizo tan mal, que, en castigo, le encerraron en la clase, dejándole sin comer, sin más compañía que el libro.

Cuando nuestro héroe se vió así, en vez de entristecerse empezó á saltar de contento, arrojó el Tito Livio á un rincón, y, yendo al encerado, lo dejó limpio como una patena.

No pareció sino que se había buscado aquel castigo por el gusto de quedarse allí á sus anchas, pues en seguida se apoderó de un pedazo de yeso, entendiendo su tarea favorita con tanto ardor como alegría.

—¡Ah!—murmuraba el diablillo, sonriendo.—¡Ya les enseñaré á los dos á qué manera se acabaron las guerras púnicas!

**

El alboroto que se armó en clase al contemplar la obra de Pablillo en el encerado, adquirió en breves momentos proporciones revolucionarias.

Sus condiscípulos querían llevarle en triunfo: en cambio el dómine le buscaba tan furiosamente que hubiera sido capaz de desollarle á azotes.

El barullo trascendió á la calle, y hubo que tomar medidas de orden público para evitar la aglomeración de curiosos á las puertas de la clase. Entonces al dómine se le ocurrió una idea salvadora, y, cogiendo la esponja, trató de acercarse al encerado; pero cien brazos se lo impidieron. Entre los concurrentes resonó la voz de un pintor, que decía:

—¡No lo borréis, que es una obra maestra!

—¡Pero es un insulto á mi dignidad!—exclamó el profesor.

Y los dos tenían razón, porque el dibujo de Pablillo representaba admirablemente á *Roma* venciendo y humillando á *Cartago*: al pasante montado sobre el dómine y aporreándole á su gusto. Un puño descargaba sobre la nariz y con la otra mano le acogotaba contra el suelo.

El dómine se negó á continuar enseñando á Pablillo el latín, y aun hizo que se le formara consejo de disciplina. Pero no llegaron á dictar sentencia contra él, porque el canónigo, cediendo á las exhortaciones del pintor (que es célebre entre nuestros artistas), se decidió á llevar á su estudio al autor de la caricatura de *Roma* y *Cartago*.

Pablillo ha aprovechado tan bien las lecciones de su nuevo maestro, que está en camino de llegar á su celebridad.

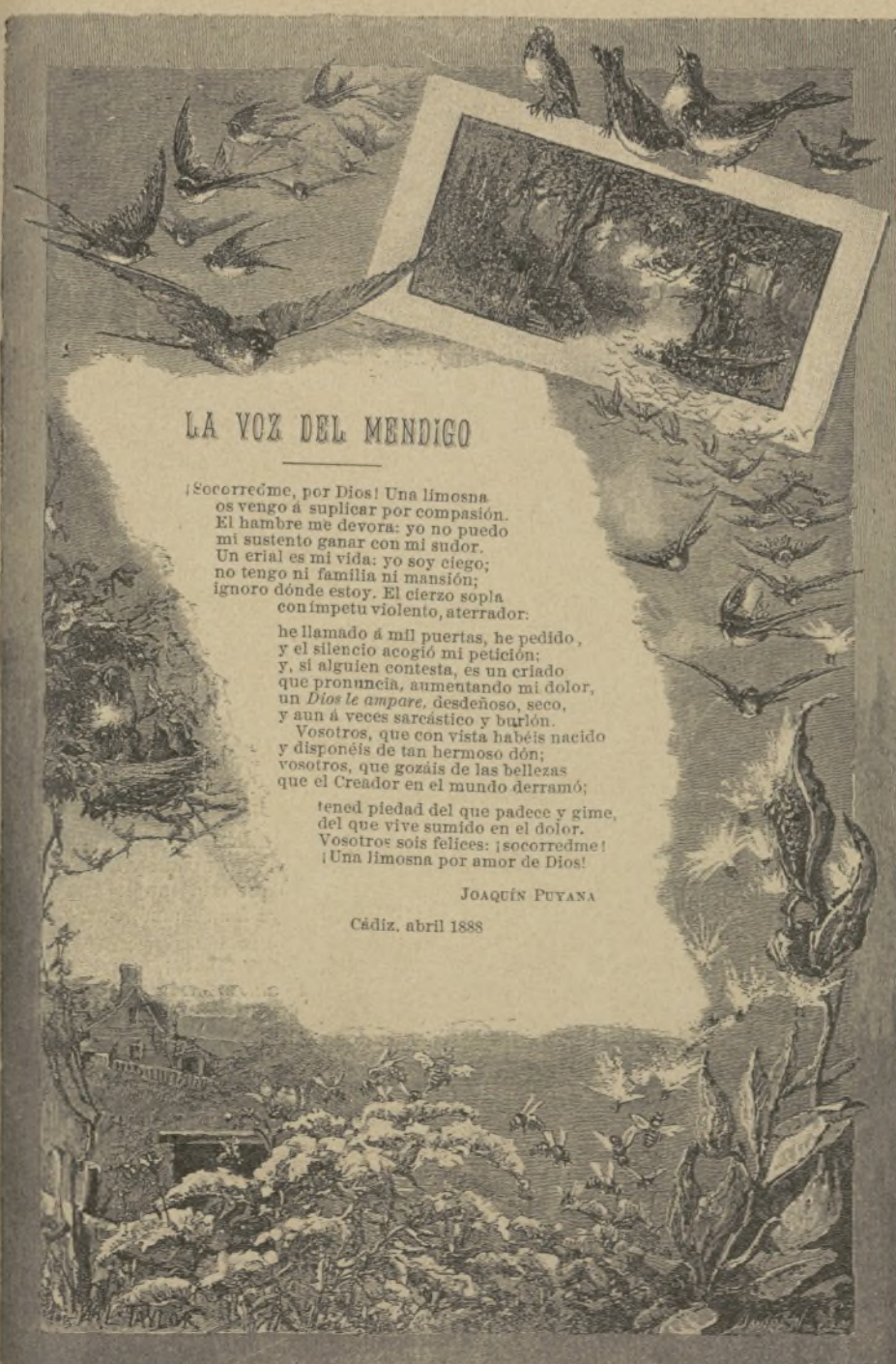
—¿Y aquella caricatura?—preguntarán algunos.

El maestro la adquirió, arrancando la tela del encerado y sustituyéndola con otra.

Hoy la conserva Pablillo, y el mismo canónigo se ríe de la aventura.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL





LA VOZ DEL MENDIGO

¡Socorredme, por Dios! Una limosna
os vengo á suplicar por compasión.
El hambre me devora: yo no puedo
mi sustento ganar con mi sudor.
Un erial es mi vida: yo soy ciego;
no tengo ni familia ni mansión;
ignoro dónde estoy. El cierzo sopla
con impetu violento, aterrador:

he llamado á mil puertas, he pedido,
y el silencio acogió mi petición;
y, si alguien contesta, es un criado
que pronuncia, aumentando mi dolor,
un *Dios le ampare*, desdenoso, seco,
y aun á veces sarcástico y burlón.
Vosotros, que con vista habéis nacido
y disponéis de tan hermoso dón;
vosotros, que gozáis de las bellezas
que el Creador en el mundo derramó;

tened piedad del que padece y gime,
del que vive sumido en el dolor.
Vosotros sois felices: ¡socorredme!
¡Una limosna por amor de Dios!

JOAQUÍN PUTANA

Cádiz, abril 1888

— NUESTROS GRABADOS —

LAS LAGARTIJAS

Entre los animales que el tío Ambrosio se complacía en guardar, contábanse algunas lagartijas. En todas partes se encuentran muchos de estos reptiles, algunos muy pequeños que sólo miden cuatro ó cinco pulgadas de largo.

Siempre se las ve en las paredes y en las grietas cuando las ilumina el sol, y se pueden coger sin dificultad cuando se sabe cómo. Es preciso acercarse muy despacio; pues si se hace un movimiento rápido, escapan al punto. Una vez bastante cerca, se pone la mano encima, agarrándolas por el cuello; porque si se cogen por la cola, ésta se rompe al punto y el animal huye.

Una de las lagartijas del tío Ambrosio no tenía mas que media cola, y, sin embargo, parecía tan contenta como las demás. Si se trata bien á una lagartija, pasándole suavemente el dedo sobre la piel, domesticase pronto, y se la acostumbra á coger las moscas en la mesa y á tomar los insectos de la mano.

En los trópicos estos reptiles son mucho más ligeros, y con dificultad se pueden coger si no se emplea un medio que siempre suele dar buen resultado. Se coge una varilla larga y delgada, y, una vez cerca del animal, se le da un golpe. Entonces se vuelve boca arriba, y, mientras se esfuerza para ponerse en pie, se le coge; mas es preciso tener cuidado, porque muerde, aunque sus dientes no hacen mucho daño.

En los trópicos se encuentran, sobre todo, las especies más grandes, que son los lagartos, cuyo color suele ser verde, pero también los hay rojizos y de otros tintes.

Hay también especies que se distinguen por su gran tamaño y su ferocidad. Una vez iba yo en una canoa con dos indios, y, al pasar por debajo de un árbol, un enorme lagarto cayó de una rama. Si no me hubiese apartado, seguramente me habría mordido; pero, gracias á esto, chocó en el borde de la embarcación y cayó en el agua. Uno de mis acompañantes me dijo que no era de temer, pero yo creo que es muy prudente evitar el contacto con tales reptiles.

LA NIÑA ROBADA

Dos niñas habían salido á recorrer tiendas con su mamá. Hallándose en el fondo de una de ellas, Julia, la más joven, corrió á la puerta. Su madre estaba ocupada y no lo notó; pero María, su hermana, no la perdía de vista. De pronto observó que una mujer alta, pasando junto á la tienda, se apoderó de la niña; y, sin decir una palabra á su mamá, corrió en seguimiento de aquélla.

La mujer hubiera desaparecido muy pronto, porque iba muy aprisa; pero los gritos de María llamaron la atención de un agente de seguridad, que alcanzó á la fugitiva en el momento en que comenzaba á bajar la escalera de un sótano. María refirió al agente que aquella mujer acababa de robar á su hermana Julia. Las dos niñas fueron conducidas á su casa, y su mamá elogió mucho el valor de María. Desde entonces jamás perdió de vista á Julia cuando salía con ella á la calle.

CASAS DE ARENA

Ricardo y Magdalena vivían en un agradable parque, y cuando el tiempo era bueno jugaban fuera de casa todo el día.

Divertíanse mucho en un montón de arena acumulada cerca del sitio donde varios niños bañiles construían una casita. Ricardo confeccionaba tortas de arena, y su hermanita las ponía á cocer al sol. Después ofrecíanlas al perro *Sultán*; pero éste ladraba y alejábanse cuando le acercaban una al hocico.

Cierto día Ricardo construyó una gran casa de arena con una puertecilla. Dióle el nombre de *fuerte*, y fué á buscar sus soldados de plomo para colocarlos al interior; mas cuando ya estaban dentro, el perro llegó de pronto y echóse sobre el frágil edificio, de modo que los soldados quedaron completamente cubiertos de arena.

—¡Ah picaro!—gritó Ricardo.—Ahora mismo vas á desenterrar los soldados, y si no lo haces te castigaré.

El animal pareció comprender, pues al punto comenzó á escarbar la arena, y sacó los



La manteleta de Catalina

soldados uno por uno, poniéndolos en la falda de Magdalena. A medida que iba encontrando alguno, ladraba y movía la cola, como si hubiese hecho alguna gran cosa.

Una mañana, cuando Ricardo y su hermanita fueron á jugar en el montón de arena, vieron que un hombre la mezclaba con cal á fin de hacer mortero para levantar las paredes de la nueva casa; de modo que ya no pudieron remontar más edificios.

LA MUÑECA ROTA

—Mamá,—decía una niña;—has de enviar á buscar el médico, porque mi muñeca se ha

roto un brazo á consecuencia de una caída. Yo pensé que estaba durmiendo y la dejé en la cama, pero allí se quedó como muerta. ¿Crees tú, mamá, que se podrá curar al cabo de algún tiempo? Cuando el médico venga y le vende el brazo, yo la cuidaré mucho y velaré toda la noche si es necesario. Y si su brazo se cura, yo aseguro que no se caerá nunca más.

LA MANTELETA DE CATALINA.

El cumpleaños de Catalina era en invierno, y su abuela quiso regalarle una manteleta de pieles. Era blanca, con manchas negras, y tenía cintas azules para sujetarla. La niña quedó muy contenta, porque abrigaba mucho y era muy suave; de modo que se la ponía siempre para ir á la iglesia y á paseo.

La mamá había dicho á Catalina que pusiera su manteleta en el guardarropa cuando



El potro dócil

la quitase, y hacíalo siempre así; pero cierto día se le olvidó la recomendación, porque esperaba otra niña para jugar, y dejó la manteleta sobre la cama.

Poco después entró el perrito, y, como divisase al punto el objeto, pensó, sin duda, que podía servirle de diversión. Acercóse al lecho, dió un salto y cogió la manteleta, arrastrándola por el suelo, y después se revolcó sobre ella.

De pronto entró en la habitación la mamá de Catalina, y, al ver el perrito medio envuelto en la manteleta, profirió una exclamación de cólera, cogiendo presurosa el objeto, que sólo estaba un poco arañado y tenía rotas las cintas de seda. Sin embargo, comprendiendo que el animal no tenía la culpa, llamó á Catalina y enseñóle su manteleta.

—¡Ah pícaro perro!—dijo Catalina, levantando la mano para pegarle.

—No tiene el perro la culpa,—dijo la mamá, deteniendo á su hija.—Si no hubieras sido tan descuidada, no habría sucedido esto: el pobre animal no sabe que ha hecho daño.

—Sí, repuso Catalina: yo tengo la culpa; pero lo siento mucho.

La mamá se sentó á su mesita de labor, arregló la manteleta muy pronto, y dióselas á la niña, recomendándole que no olvidase aquello para lo futuro.

EL POTRO DÓCIL

Quisiera que pudierais ver un pequeño potro. Es el animal más hermoso que he visto; y tan dócil que, cuando se echa sobre la yerba para descansar, mi hermanita y yo nos colocamos á su lado, apoyando la cabeza en su cuarto trasero, sin que el potro se impaciente aunque pase mucho tiempo. Le hemos puesto por nombre *Príncipe*, y su mejor amigo es nuestro perro Fiero. Los dos suelen retozar muy á menudo, y á veces emprenden largas carreras, como si se disputasen el premio de la ligereza.

Si salgo al patio y no hago caso del potro, éste se acerca á mí, apoya la cabeza á mi hombro, y parece pedirme alguna cosa: es porque está acostumbrado á que le dé un terrón de azúcar, el cual sabe buscar á mi mano si yo no se lo enseño.

Cierta día, un cerdo penetró en el patio, y papá envió á Fiero para que le echase de allí.



El potro dócil

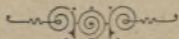
Príncipe juzgó, sin duda, que él debía ayudar también, y entre los dos asustaron al intruso.

Cierta tarde quise que *Príncipe* hiciera algunas habilidades delante de varias señoras, y el buen potro se excedió para complacerme: dió vueltas como en un circo, bailó á su manera, simuló que me daba de coces, y nos hizo reír á todos con sus extraños saltos y cabriolas. *Príncipe* es verdaderamente un animal que no tiene precio, al menos para mí.

EN EL HUERTO

A la orilla del camino hay un huerto sobre cuyas paredes se ven numerosas manzanas, verdes unas y sonrosadas otras; sabrosa fruta que todos cuantos pasan quisieran alcanzar con sus manos.

Desnudos estaban los árboles en el invierno; mas, apenas llegada la primavera, se han revestido de follaje y de flores, ostentando más tarde pequeñas manzanas. ¡Creced, creced, á pesar de la lluvia y de los vientos; que más tarde seréis un beneficio para el labrador, recompensándole sus afanes y trabajos para haceros llegar á vuestra madurez!





LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Señor, no puedo dejaros entrar. Una señorita, la hija del Sr. Cleghorn está tomando el te en este momento, y no consentiré que la importunéis,—dijo Jaime asegurando el pestillo. Pensaba que el forastero estaba beodo ó fingiendo estarlo, y se dispuso á emplear todas sus fuerzas para impedirle que pasara adelante.

El Sr. Cleghorn entró en el momento del debate.

—¿Qué es eso? ¿Que ocurre? ¡Ah! ¿Sois vos, almirante?—exclamó con un tono de familiaridad que sorprendió á Jaime.—Dejadnos Jaime. No conocéis al almirante.

El almirante Tipsey era un contrabandista: mandaba dos ó tres barcos que hacían el matute, y se daba, á causa de eso, el título de almirante, título que pocas personas hubiesen osado disputarle cuando empuñaba su enorme garrote. En cuanto al nombre de *Tipsey*, que significa *medio borracho*, todo el mundo reconocía que le correspondía con justicia, puesto que no pasaba un solo día del año sin embriagarse.

Con viva sorpresa de Jaime, el almirante, después de haber tomado una taza de te, desabrochóse el levitón de arriba abajo, y se desembarazó, en el momento de su falsa gordura. A su alrededor estaban arrolladas inmensas piezas de encaje y de soberbia batista. Una vez libre de todo aquel bagaje hubiera sido difícil reconocerle: tan flaco y delgaducho parecía.

Entonces pidió paja fresca y rellenóse con ella todo el traje, hasta que el nuevo hubo adquirido una gordura conveniente.

—¿No os decía yo, joven, que llevaba debajo de mi traje con que dejáis maravillados á los bodoques? Esos encajes, sin hablar de la batista, valen diez veces el doble de lo que pagaríais por ellos, Sr. Cleghorn. Buenas noches. Veré mañana por la mañana para terminar nuestros asuntos. Pero no consentís que ese muchacho me dé con la puerta en las narices como ha hecho hoy. A pesar de esto, ahí va una corbata para vos,—añadió volviéndose hacia Jaime y echándole un trozo de batista magnífico.—Quiero reclutaros para el servicio del almirante Tipsey.

Pero Jaime siguió al almirante hasta la puerta y le devolvió la batista, á pesar de todos los esfuerzos de aquél para hacerle aceptar.

—Veo, Jaime,—dijo el Sr. Cleghorn cuando se hubo marchado el contrabandista,—que no le queréis á nuestro almirante.

—Nada sé de él, señor, á no ser que es contrabandista; y por esta razón deseo no tener ninguna clase de relaciones con semejante personaje.

—Pues me sabe mal,—dijo el Sr. Cleghorn con tono que dejaba adivinar la vergüenza y la cólera.—Tengo la conciencia tan delicada como otro cualquiera, y, sin embargo, creo que no me desdeñaría de entrar en relaciones

con él, por más contrabandista que sea. Y, si no me engaño, podré ganar así mucho dinero. Sin embargo, nada tengo que ver todavía con esa gente, pero conozco á muchas personas en Monmouth que con ello han logrado hacerse una bonita fortuna. Ved á nuestro vecino el Sr. Raikes: así se ha hecho rico. ¿Por qué, pues, tendría yo que echármelas de más meticulado que los otros? Muchas personas de las más distinguidas del país, sí señor, de las más distinguidas, hacen negocio con ellos. ¿Por qué un mercader tiene que ser más delicado que esos que digo? Hablad: quiero saber vuestra opinión.

Jaimé dijo á su principal, con todo el respeto que le debía, que, según él,



BIENOTECOA
MUNICIPAL

MADRID



En el huerto

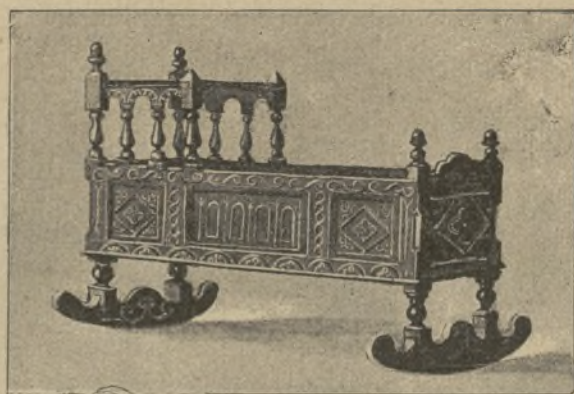
era preferible no tener ninguna clase de relaciones con el almirante Tipsey ó cualquier contrabandista que fuese. Añadió que los hombres que se dedican á un comercio ilícito, y que adquieren con ello la costumbre constante de la trapacería y la mentira, no pueden ser sinceros asociados. Aun dejando aparte la cuestión de moralidad, dijo que el oficio de contrabandista era una especie de juego de azar, en el cual podía ganarse una fortuna hoy para arruinarse mañana.

—En verdad,—dijo el Sr. Cleghorn, con tono irónico,—razonáis perfectamente, dada vuestra edad. ¿De dónde habéis sacado toda esa sabiduría?

(Se continuará)

SOLUCIONES Á LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Charadas: Canario, Espantajo, Caramelo, Odaliscá.—Logogrifo numérico: Carolina.—Tercio de sílabas: Tomasa, Maléa, Satanás.



PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

METAGRAMA

X X X X

Estas cuatro incógnitas equivalen á una palabra que significa una arma ofensiva.

Cámbiese la tercera letra y tendremos una ciudad de Italia.

Cámbiese otra vez y tendremos una hoguera.

Otra vez, si se cambia, tendremos una planta textil.

Si se cambia nuevamente, un tonel.

Y siga V. cambiando siempre la letra tercera, y obtendrá el fruto de un árbol resinoso.

Y, para fin de fiesta, si la cambia V. otra vez, tendremos nada menos que una batería.

RAFAEL R. DE RIVERA

ARITMOGRAFÍA

- 1 2 3 4 5 6 7 8 = Pueblo de Granada.
 3 5 6 2 8 4 7 = Arbol.
 4 2 6 5 8 2 = Algazara.
 1 7 3 4 2 = Sitio público de comercio.
 6 2 8 5 = En los estanques.
 6 7 1 = En los buques.
 1 5 = Nota musical.
 4 = Consonante.

A. ROLDÁN

FUGA DE CONSONANTES

.a .a.e. ue .ni .o. .i
 .a.i.a. .e .a..o.e.o.
 .o .i.e.o. ue .o.e
 .ue.o. .u. o.o. .o.e.o.

ALFONSO PELLICO DE BUCHS

CHARADAS

Conozco yo una linda joveneita,
 hija de *tercia* y *cuarta* muy cercana,
 sin la menor *primera* con *segunda*
 que pueda mancellar su linda fama.
 Es como *dos primera* ágil y lista,
 breve y gentil es su *primera* y *cuarta*,
 y aun pudiera llamársela mi *todo*
 según lo viva que es y atolondrada.

EDUARDO CALLEJO

Una letra consonante
 y una virtud teologal
 te forman, en un instante,
 un líquido confortante
 que á mi no me sabe mal.

Primera moja,
 segunda letra,
 tercera nota
 y el todo hembra.

SARITA OLAS

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de **La Ilustración Ibérica:** calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.